

Desde la Antigüedad, el hombre de este mar proyecta sus ideas y sus preguntas, su saber, a través de sus obras de creación artística; algunas de las cimeras, son las obras literarias. Aquí también sí que el *espíritu mediterráneo* es —planetariamente hablando— ejemplar. No se puede concebir la cultura de la Humanidad —sus progresos— sin la fusión entre filosofía y ciencia que se dio en los presocráticos, sin la lírica de los grecolatinos, sin Platón y los neoplatónicos, sin los libros sapienciales bíblicos, sin el cristianismo, sin la poesía y la mística árabes (que se funden en poéticas extraordinarias, como las de Dante, Raimon Llull o San Juan de la Cruz). No se comprende la valoración y refundición de la mejor cultura de la Antigüedad sin el Renacimiento italiano.

No se comprende tampoco esa aspiración hecha de naturaleza y de abismo, de pasión y de libertad, que fue el Romanticismo —así como las ideas políticas que este movimiento desencadena— sin tener presente que sus representantes buscaron en el Mediterráneo un espejo para sus ideas. También la serenidad y la armonía que contrarrestaran sus exacerbadas ideas, su afán de ir más allá a través de las vías de los sentidos. La fértil y bien entendida y necesarísima idea —en modo alguno tópica— de «redescubrir» el Mediterráneo, que precisamente de manera muy saludable han hecho patente los nórdicos o gentes ajenas a este mar; idea —la del tópico— en la que algunos lectores de estas líneas probablemente estarán pensando en estos momentos con resabiada ironía.

Los más negros y hoscos paisajes —llenos de abismos y de luces sombrías —los de Caspar David Friedrich, por ejemplo— se verán compensados con la contemplación (o la ensoñación) de un espacio más sereno, ese en el cual, según Goethe, brilla «el limonero en flor»; ese espacio en el que para Keats «verdad y belleza» son una misma cosa y en el que para Shelley «el poder divino lo aquieta todo». También ese lugar en el que según Hölderlin «los cantos son piadosos y las sombras sagradas». Se apreciará que estos nombres que he citado no son propiamente de gentes crecidas a orillas del Mediterráneo. Ninguna prueba mejor de que el Mediterráneo provoca saberes e incita a la interrelación de culturas que este fenómeno de los románticos nórdicos y centroeuropeos «descubriendo» el Mediterráneo, extrayendo de sus luces y de sus obras verdades y luces de siempre. Así que en el fondo del viejo tópico «descubrir el Mediterráneo» se halla también una honda verdad.

Ese último verso que he citado del *El Archipiélago* de Hölderlin, así como los anteriores, matizan muy bien la sutil realidad mediterránea que he intentado apresar hasta ahora. En ella, la verdad, la belleza, la Divinidad, la quietud, los cantos, la piedad, lo sagrado, son símbolos de una extraordinaria trascendencia existencial y estética. Que el canto de los

humanos sea piadoso y las sombras —es decir, todo lo que hay de oscuro en la vida— sean sagradas, prueban que el ser ha recuperado su equilibrio. O al menos sabe dónde el equilibrio puede estar: en una realidad de mansedumbre y de medida. ¡La medida...! El reverso o el sinónimo de aquel «nada en exceso» que se leía en los frontispicios de las ciudades sagradas de Grecia.

La mediterránea es, pues, una realidad valiosa, ejemplar, digna de ser preservada y vigorosa en sus ejemplos; no sólo por lo que es en sí misma y en sus seres, sino por las obras que provoca y madura y, en concreto, como ya hemos dicho, por las obras literarias que —se me permita el uso de otro tópico— esa realidad siempre ha *inspirado*. Inspiración tan unida —en su significado más puro— no a lo fugitivo y a lo evasivo, sino al *ritmo*, otra de las claves más decisivas del espíritu mediterráneo. El ritmo que la respiración propaga y que los monjes hesiquistas reciben no sé de qué remotas fuentes orientales. Recordemos que la breve y oscura biografía de aquel padre de todos los místicos que fue Lao Tse, nos cuenta que éste desapareció un día montado en un búfalo en dirección a Occidente. A mí siempre me ha gustado jugar con la imaginación y suponer que, bien él o su doctrina, llegaron un día a un ignoto lugar del Asia Menor, donde crearon una colonia que llegaría a ser la fuente de un saber europeo de marcado carácter universal.

Este mismo tipo de saber se propagará, a su vez, a través de autores como Heráclito, en el que la oscuridad, los enigmas y el hermetismo de los conceptos, están llenos, a la vez, de una luminosidad especial. Con razón se ha dicho que «desde hace veinticinco siglos el fuego de Heráclito no ha dejado de arder, mientras que los sistemas científicos se han ido apagando uno tras otro» (Jean Brun, *Heráclito*, pag. 15). En Heráclito se da también esa *armonía de contrarios*, de raíz oriental —la que a mí me gusta imaginar que trajo Lao Tse en su legendario viaje hacia el Occidente— de la que tanto se ha nutrido el espíritu mediterráneo y en la que quizá se fundamenta lo mejor de ese espíritu. «Todo es uno», «la armonía oculta vale más que la armonía visible», «los que buscan oro cavan mucho y encuentran poco», «es más necesario sofocar la desmesura que un incendio...» De sabias sutilezas como éstas está hecho el pensamiento de Heráclito, en el que el espíritu mediterráneo se refleja y propaga a veces de manera imperceptible.

Heráclito fue también el autor del siguiente pensamiento que nos va llevar a otra de las claves del espíritu mediterráneo: «La sabiduría no consiste más que en una cosa: en conocer el pensamiento que todo lo gobierna a través de todas las cosas». Es decir, sólo sabe aquel que observa, aquel que contempla. Porque el hombre mediterráneo gana su libertad y crea

sus obras tras un proceso de *contemplación*. Libertad y saber se le revelan al hombre de este mar simplemente porque contempla, porque, como señala Heráclito, observa «las cosas», cree en la naturaleza y se mantiene fiel a ella. ¿Y dónde se lleva a cabo la contemplación? La contemplación se lleva a cabo en lo que Mircea Eliade llamaba el *espacio fundacional*, un lugar de la naturaleza —generalmente desnudo de signos históricos— donde el ser humano, sin más, hace preguntas. El ser pregunta para aplacar su ansiedad, el ser pregunta para saber de lo que no sabe.

Dos autores nos servirán muy bien para poner de relieve esta idea tan significativa, tan mediterránea: la de que el ser humano contempla, se le revelan las verdades en un espacio fundacional, privilegiado. En mi libro *El sentido primero de la palabra poética*, hay un capítulo —complementario de estas páginas que ahora escribo—, el titulado «Paisaje mediterráneo y teoría lírica», en el que recuerdo a Hesíodo como el primer poeta que como tal se nombra a sí mismo. Este nos dice en el comienzo de su *Teogonía* que las Musas se le aproximaron, mientras cuidaba de su rebaño en las laderas del Monte Helicón, para infundirle voz divina, el don del canto. Esa comunicación se da en un lugar apartado. El poeta-pastor no hace otra cosa que contemplar. Y acaso —como el pastor asiático del poema de Giacomo Leopardi— hace preguntas a los astros y a la luz: *Che fai tu, luna in ciel?(...) a che vale/ al pastor la sua vita/ la vostra vita a voi? dimmi: ove tende/ Questo vagar mio breve/ Il tuo corso immortale? (...A che tante facelle?(...) che vuol dir questa/ solitudine immensa? ed io che sono?*

¿Y yo quién soy? Esta es una pregunta muy simple, muy elemental, a la que los escritores del Mediterráneo procurarán dar respuesta de dos maneras: o bien razonando (haciéndose preguntas como el pastor del canto leopardiano) o bien sintiendo (en un estado de extravío, de ebriedad en el que no se razona, sino que simplemente se siente y se recibe el mensaje que la Divinidad concede). Este segundo recurso —aunque de manera muy extremada e inaceptable para los descreídos poetas de nuestro tiempo— está muy bien reflejado en un pasaje de un temprano diálogo de Platón: «(El poeta) no está en disposición de crear antes de ser inspirado por un dios que se halla fuera de él, ni antes de haber dejado de ser dueño de su razón» (*Ion*).

Hay, por tanto, en el hombre mediterráneo, esa doble actitud frente al conocimiento —la del sentir y la del razonar—, que dará lugar a dos de los géneros más preclaros nacidos a orillas de este mar: la lírica y el pensamiento. A los europeos nos gusta decir que son géneros que nacen a orillas de este mar, en Grecia. A mí, sin embargo, me gusta dejar siempre abierta una vía hacia las influencias de Oriente, pensar que nuestras más primitivas —por primeras— formas de conocimiento —orfismo, pitagorismo,

maravillosa sabiduría de la dualidad y de la unidad en Heráclito— se nutren, como ya he supuesto atrás, de fuentes orientales. Hay un posible y oscuro trasvase de ideas a través de algún punto del Asia Menor, de las costas de Jonia, que a Hölderlin no le pasó inadvertido. Pero no hay que olvidar tampoco los viajes de Platón y de otros pensadores a Egipto, o la marcha de Alejandro Magno hacia el Punjab, en India, en busca de no se sabe bien qué fuentes de saber. En los *Edictos de la ley sagrada*, de Asoka, que Rodríguez Adrados ha traducido y prologado con claridad y sabiduría, encontramos muchas de estas significativas claves que comentamos. Oriente y Occidente se funden y confunden, trasvasan, filtran, enriquecen, a través de movimientos espirituales, grupos y autores. Así, el gnosticismo, los Padres del desierto, las ya citadas leyes de Asoka, las obras de Orígenes, el Pseudodionisio, Hermes Trimegisto, San Agustín, la Escuela de Alejandría y, de manera muy especial, las místicas cristiana, judía y árabe.

Así que ese espacio a orillas del Mediterráneo, esa ladera escabrosa o ese acantilado que miran hacia un hermoso mar, serán decisivos para la construcción de la cultura mediterránea. En él sólo hubo en los orígenes un pastor que contemplaba, pero más tarde se alzó un pequeño templo o eremitorio, y luego grandes teatros semicirculares de piedra, monasterios, palacios que, al fin, configurarán ciudades bien urbanizadas y de una gran belleza. De una a otra orilla del Mediterráneo, se repiten esos espacios fundacionales en los que el ser humano hace preguntas decisivas y obtiene respuestas. Nacen así enclaves como Delfos, Sunion, Epidauro, Siracusa, Paestum, Cartago, Alejandría, Roma, Athos... La lista de estos enclaves, decisivos para el espíritu de este mar, sería interminable.

Pero el hombre mediterráneo no vive de espaldas a su mar. A su vez, es un hombre que viaja, que abandona la ladera escabrosa y sale en busca de la verdad a través de lo que Homero reconocía como el *vinoso ponto* o *el mar de color violeta*. Antes recordábamos ya el significativo nombre de Raimon Llull: él luchará con sus ideas y creencias, las asumirá, refundirá y pretenderá imponerlas. Para ello tendrá que viajar. El será uno de esos mediterráneos de excepción que combinará la acción con la contemplación. En el sosiego y silencio de su refugio de Miramar, acabará encontrando acaso la verdad que no le proporcionaron sus ansias viajeras y, por supuesto, cierto afán dogmático muy propio de los erizados tiempos que le tocó vivir.

Pero también ha salido en esta intervención el nombre de Homero. En sus dos grandes poemas —*la Iliada*, *la Odisea*— sí que se nos ofrece ya una cosmogonía del hombre mediterráneo. La experiencia humana y los sueños se hacen creación viva en estos textos, creación en su estado puro. En ellos encontraremos las más crueles verdades bélicas y las más apacibles